

Tema

Influencia del escepticismo pirrónico en Descartes

Hipótesis de investigación

¿Logró la certeza del sujeto (*cogito ergo sum*) sobreponerse al escepticismo pirrónico?

Introducción

A lo largo de la historia de la filosofía, han surgido diversas corrientes que buscaron explicar la realidad y la manera en la que el ser humano puede conocerla. Sin embargo, a todo filósofo le resultaba difícil escapar de aquellos supuestos sobre los cuales fundaba sus teorías, ya que éstos se convertían al mismo tiempo en su punto débil. Esta es la crítica que desarrolló la escuela pirrónica, mostrando la imposibilidad del ser humano de llegar a verdades objetivas. En la obra *Esbozos Pirrónicos* (escrita probablemente en la primera mitad del siglo II d. C.) se formulan las ideas de Pirrón y los denominados escépticos, los que “se dedican a observar” (Sexto Empírico, *Esbozos Pirrónicos*, I, 3). En este texto encontramos las ideas escépticas principales, que incluyen “su definición, sus principios y sus razonamientos, así como cuál es su criterio, cuál su finalidad y cuáles los tropos de la suspensión del juicio” (Sexto Empírico, *Esbozos Pirrónicos*, I, 4). El escepticismo logró tal relevancia que se convirtió en el oponente a combatir, el obstáculo para aquel que se propusiera llegar a verdades absolutas. Quien investiga se ve obligado a responder a los cuestionamientos filosóficos esbozados por los pirrónicos sobre las “verdades objetivas”: si existen, de qué manera existen, si son alcanzables, si tiene sentido formularlas, si son separadas de nosotros, si las descubrimos o son innatas, y si, una vez encontradas, podemos estar completamente seguros de que se mantendrán verdaderas por siempre.

Aquí radica la importancia de Descartes, uno de los principales filósofos de la historia occidental y fundador del método cartesiano. Descartes se propuso, en contraste al escepticismo y a través de la razón, encontrar esas verdades absolutas. Aunque uno pensaría que Descartes se situaría tajantemente en contra del escepticismo, la realidad es que hay elementos compartidos en sus investigaciones filosóficas. Tanto es así que fue catalogado como escéptico por algunos de sus contemporáneos, mientras que para otros el descubridor

de la certeza absoluta acerca de la existencia del cogito. En sus escritos se presentan críticas al escepticismo, pero también la resignificación de la duda (aunque en este caso como método de conocimiento). Descartes se asume invulnerable a los ataques escépticos, casi como si los hubiera superado, pero al mismo tiempo cada cuestión que lo lleva a dudar se encuentra mencionada previamente en algunos de los tropos, como si (en muchos casos explícitamente) estuviera respondiéndoles. A pesar de establecerse como superador del escepticismo, encontramos a través de sus textos menciones a lo peligroso que éste puede resultar, casi asumiendo que le será muy difícil superar la suspensión del juicio escéptica:

Esas dudas tan generales nos llevarían directamente a la ignorancia de Sócrates o a la incertidumbre de los pirrónicos, y éstas son aguas profundas en que no me parece que pueda hacerse pie. (Descartes, *Carta a Mersenne*, 16 de octubre de 1639).

Sobreponiéndose al escepticismo, Descartes introduce en el *Discurso del Método* una serie de reglas para conducir una investigación. Luego, siguiendo aquellas reglas, arriba a lo que sería (según su criterio) la certeza metafísica irrefutable: que un sujeto, al momento de pensar, exhibe necesariamente su existencia (“cogito ergo sum”). Este ha sido un punto de quiebre y refundación en la historia de la filosofía que dio inicio a la filosofía moderna.

Dada la interesante relación entre el escepticismo y la certeza subjetiva cartesiana, dos posturas que se suelen posicionar en extremos opuestos, este trabajo intentará describir esa relación, intentando responder si la certeza subjetiva logra finalmente sobreponerse al “dragón escéptico” - una metáfora que alude a la formidable oposición que el escepticismo representa para cualquier intento de establecer verdades absolutas.

El Escepticismo Pirrónico

La obra *Esbozos Pirrónicos* explica que el escepticismo “es la capacidad de establecer antítesis en los fenómenos y en las consideraciones teóricas, según cualquiera de los tropos” (Empírico, 1993, I, 4). Ya sea en los fenómenos (provistos por los sentidos) o en discusiones sobre ideas, podemos mostrar (utilizando los tropos) que cada afirmación tiene un contraargumento igualmente válido, lo que nos lleva inevitablemente a suspender el juicio.

Los escépticos se caracterizan por su continua investigación y por mantener una actitud de duda constante. Cuando investiga, el ser humano no puede aprehender el objeto, solo tiene

acceso a sus propias percepciones. Por ejemplo, un escéptico diría que “el fuego quema”, pero no puede afirmar que la naturaleza del fuego sea quemar. Ellos argumentan que por cada afirmación dogmática, se puede proponer una afirmación contraria igualmente convincente. Este equilibrio de argumentos lleva a la suspensión del juicio (*epoché*), que a su vez conduce a la ataraxia, un estado de tranquilidad mental que surge cuando uno se libera de la ansiedad por encontrar verdades absolutas.

Los tropos para suspender el juicio que se mencionan en los *Esbozos Pirrónicos* son los siguientes:

1. **según la diversidad de los animales:** todos los animales perciben las cosas de distinta manera, por lo que no hay una única percepción verdadera de la realidad.
2. **según la diferencia entre los hombres:** similar al anterior, pero enfocado en el humano. Como las cosas mueven el ánimo de manera distinta a cada hombre, son distintas las cosas que unos rechazan y otros eligen. De tal manera, o creemos a algunos individuos (cuál sería el criterio entonces) o creemos a todos (al menos alguno estaría equivocado), lo que nos dejaría como única opción la suspensión del juicio.
3. **según las diferentes constituciones de los sentidos:** la percepción a través de un sentido puede contradecir lo que obtenemos utilizando otro. Por ejemplo, la miel parece dulce al paladar y desagradable a la vista. Por lo que no podremos decir como es en verdad algo, sino como se nos aparece en cada momento.
4. **según las circunstancias:** los juicios varían según el estado en el que se encuentra la persona, como el estado emocional, la salud y el entorno. Las cosas se nos presentan diferentes según nuestras circunstancias, y no podemos determinar cual de estas representaciones es válida.
5. **según las posiciones, distancias y lugares:** la percepción de un objeto se ve afectada por su posición, distancia al observador y lugar en el que se encuentra. Cualquier sujeto puede decir como se muestra cada cosa según su posición, distancia y lugar, pero quien quiera afirmar una verdad absoluta sobre el objeto, deberá demostrarla. La demostración llevará a una sucesión de demostraciones donde o se acepta una premisa indemostrable o se debe seguir en una regresión hacia el infinito, llevando a la suspensión del juicio.

6. **según las interferencias:** nada se nos ofrece por sí mismo sino conjuntamente con algo, por lo que no podemos decir cómo es el objeto en sí mismo sino la mezcla entre el objeto y aquello con lo cual es observado.
7. **según las cantidades y composiciones de los objetos:** Las cantidades y la medida de un objeto afectan cómo lo percibimos. No es lo mismo percibir una partícula de arena que percibir arena en gran cantidad, o percibir un medicamento que percibir sus fármacos por separado. De esta manera, se suspende el juicio ya que no podemos afirmar nada sobre la naturaleza del objeto.
8. **a partir del *con relación a algo*:** Cómo todo objeto o evento es percibido en relación con otros objetos o eventos, esa interdependencia cuestiona la posibilidad de percibir la naturaleza de un objeto de manera aislada y objetiva.
9. **según los sucesos frecuentes o los raros:** las mismas cosas parecen ser a veces asombrosas y a veces pasar desapercibidas, por lo no podemos afirmar nada sobre su naturaleza que subyace a su ocurrencia.
10. **según las formas de pensar, costumbres, leyes, creencias míticas y opiniones dogmáticas:** Diversidad de opiniones, explicaciones y costumbres, muchas veces opuestas entre sí, nos muestran innumerables ejemplos de cómo nuestro criterio se ve afectado por disposiciones externas e infundadas. No relacionadas a la realidad objetiva, sino a cómo aparece según nuestra forma de pensar, costumbres adquiridas, leyes, creencias y opiniones pre-establecidas.

Estos diez tropos, atribuidos a Enesidemo, representan las principales estrategias argumentativas del escepticismo pirrónico. Cada uno de ellos apunta a una fuente diferente de incertidumbre en nuestro conocimiento, desde las variaciones en la percepción animal hasta las influencias culturales en nuestro pensamiento. Juntos, forman un conjunto de herramientas para cuestionar cualquier afirmación de conocimiento absoluto.

El desafío que Descartes se propuso enfrentar era precisamente el de encontrar una certeza que pudiera resistir incluso el más riguroso escrutinio escéptico. Su famoso "cogito ergo sum" fue concebido como una respuesta directa a este desafío, un intento de establecer un punto de apoyo firme en el mar de dudas que el escepticismo pirrónico había creado. En las secciones siguientes, examinaremos cómo Descartes abordó esta tarea y en qué medida logró (o no) superar el formidable obstáculo del escepticismo pirrónico.

Descartes

René Descartes (1596-1650) es considerado el padre de la filosofía moderna y uno de los pensadores más influyentes en la historia del pensamiento occidental. Su enfoque racionalista y su método de duda sistemática marcaron un punto de inflexión en la filosofía, estableciendo las bases para gran parte del pensamiento filosófico posterior.

En su búsqueda de certezas absolutas, Descartes desarrolló un método que pretendía superar las dudas escépticas y establecer un fundamento sólido para el conocimiento. Este método, basado en la duda sistemática y en la razón, se convirtió en un pilar fundamental de su filosofía y en un desafío directo al escepticismo pirrónico.

Comenzaré citando un pasaje del *Discurso del Método* donde Descartes (1637) nos habla de la disposición del espíritu necesaria para realizar una investigación, pero también establece un punto de partida para su defensa ante el escepticismo:

El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, pues cada cual piensa que posee tan buena provisión de él, que aun los más descontentadizos respecto a cualquier otra cosa, no suelen apetecer más del que ya tienen. En lo cual no es verosímil que todos se engañen, sino que más bien esto demuestra que la facultad de juzgar y distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que llamamos buen sentido o razón, **es naturalmente igual en todos los hombres**; y, por lo tanto, que la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino tan sólo de que dirigimos nuestros pensamientos por derroteros diferentes y no consideramos las mismas cosas. No basta, en efecto, tener el ingenio bueno: lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los mayores vicios, como de las mayores virtudes; y los que andan muy despacio pueden llegar mucho más lejos, si van siempre por el camino recto, que los que corren, pero se apartan de él. (Descartes, 1637/2010, Parte I).

Este fragmento es de vital importancia para la investigación a la cual Descartes se aventuró a continuación, al introducir que la facultad de juzgar “es naturalmente igual en todos los hombres”. Sobre este punto se va a solidificar su búsqueda de una verdad absoluta e indeclinable: es el primer momento donde se produce un paso de la opinión subjetiva a una verdad objetiva. En otras palabras, el hombre *puede* encontrar verdades (está en su

naturaleza), siempre y cuando lo haga siguiendo el método que le permita estar seguro de esas verdades.

Sin embargo, Descartes ya anuncia cuál es el problema de esta afirmación:

Puede ser, no obstante, que me engañe, y acaso lo que me parece oro puro y diamante fino no sea sino un poco de cobre y de vidrio. Sé cuán expuestos estamos a equivocarnos cuando de nosotros mismos se trata, y cuán sospechosos deben sernos también los juicios de los amigos que se pronuncian en nuestro favor. (Descartes, 1637/2010, Parte III).

Aquí ya podemos anticipar cuál será el principal obstáculo para Descartes: debe mostrar que el método para llegar a la verdad es incuestionable, sino se verá amenazado por los ataques escépticos.

Ahora bien, será la razón (guía y juez de su búsqueda) la que otorgará el criterio de verdad para considerar si los juicios son verdaderos: “aunque no encontremos más probabilidad en unas [cosas] que en otras, debemos, no obstante, decidimos por algunas y considerarlas después, no ya como dudosas, en cuanto que se refieren a la práctica, sino como muy verdaderas y muy ciertas, porque la razón que nos ha determinado lo es” (Descartes, 1637/2010, Parte III).

Descartes critica explícitamente a los escépticos: “que dudan solo por dudar y se las dan siempre de irresolutos; por el contrario, mi propósito no era otro que afianzarme en la verdad, apartando la tierra movediza y la arena, para dar con la roca viva o la arcilla” (Descartes, 1637/2010, Parte III). Sabe que su método basado en la duda será comparado con el escepticismo, y para evitar dar una imagen escéptica, se auto-proclama como su enemigo. Comenta que la duda cartesiana es una duda que radica en el método pero cuyo fin es el de conocer la verdad. No es la misma duda escéptica donde lo que se cuestiona es la propia existencia de esas verdades. Es Descartes el que lo afirma:

Por lo que respecta a la voluntad, hay que distinguir la duda relativa al fin, de la duda relativa a los medios (...). Si alguno se propone como fin dudar de Dios peca gravemente (...) pero si se propone la duda, como medio para llegar a un conocimiento más claro de la verdad, realiza una acción piadosa y honesta (Descartes, Carta X, tom. II, pág. 54).

Esta introducción nos muestra cómo Descartes se posiciona frente al escepticismo, utilizando la duda como método pero rechazando la duda en cuanto fin. Su búsqueda de certeza y su confianza en la razón humana sentaron las bases para su famoso "cogito ergo sum", que examinaremos en detalle en las siguientes secciones.

Meditaciones metafísicas

En el prefacio de las *Meditaciones Metafísicas*, Descartes retoma el valor de la duda:

En la primera propongo las razones por las cuales podemos dudar en general de todas las cosas y, en particular de las materiales, por lo menos mientras no tengamos otros fundamentos de las ciencias que los que hemos tenido hasta hoy. Ahora bien: aun cuando la utilidad de una duda tan general no se vea al principio, es, sin embargo, muy grande, pues nos libra de toda suerte de prejuicios y nos prepara un camino muy fácil para acostumbrar nuestro espíritu a desligarse de los sentidos; por último, es causa de que no sea posible que luego dudemos nunca de las cosas que descubramos que son verdaderas. (Descartes, 1641/2010, Resumen de las seis meditaciones siguientes).

La duda es el modo correcto de conocer, hasta que aquello sobre lo que dudamos sea claro y evidente o se justifique en verdades previas claras y evidentes. Dentro del texto de las *Meditaciones metafísicas* plantea cuáles son las cosas que pueden ponerse en duda, ya que su objetivo es “establecer algo firme y constante en las ciencias” (Descartes, 1641/2010, Meditación Primera). Para ello debe enfocarse en los cimientos, en aquellas ideas que sean ciertas e indudables, y aquellas que no lo sean, “rechazarlas todas” (Descartes, 1641/2010, Meditación Primera).

Descartes empieza su Meditación Primera criticando a los sentidos. El modo de conocer debe ser claro y distinto, pero los sentidos no nos proporcionan esa seguridad:

Todo lo que he tenido hasta hoy por más verdadero y seguro, lo he aprendido de los sentidos o por los sentidos: ahora bien: he experimentado varias veces que los sentidos son engañosos, y es prudente no fiarse nunca por completo de quienes nos han engañado una vez. (Descartes, 1641/2010, Meditación Primera).

No puede considerar verdadero lo que se identifica en los fenómenos, ya que cualquiera de los argumentos escépticos relacionados a los sentidos bastaría para desbarrancar su posición. Por lo tanto, esta distinción elude los siguientes tropos: I (según la diversidad de los animales), II (según la diferencia entre los hombres), III (según las diferentes constituciones de los sentidos), y V (según las posiciones, distancias y lugares).

Siendo que los sentidos engañan, Descartes continúa su investigación dirigiéndose a las ciencias:

Es necesario confesar que hay, por lo menos, algunas otras más simples y universales, que son verdaderas y existentes, de cuya mezcla están formadas todas esas imágenes de las cosas, que residen en nuestro pensamiento, ora sean verdaderas y reales, ora fingidas y fantásticas, como asimismo están formadas de la mezcla de unos cuantos colores verdaderos. (Descartes, 1641/2010, Meditación Primera).

Aunque la física, la astronomía, la medicina y otras ciencias pueden proporcionarnos verdades, esas ciencias sólo consideran cosas compuestas. De esta manera, Descartes responde directamente a los tropos VI (según las mezclas) y VII (según las cantidades y disposiciones de los objetos), ya que acepta que “las ciencias [que] dependen de la consideración de las cosas compuestas, son muy dudosas e inciertas”.

Sin embargo, existen otras ciencias que tratan de cosas simples y generales (como la aritmética y la geometría) que “contienen algo cierto e indudable, pues duerma yo o esté despierto, siempre dos y tres sumarán cinco y el cuadrado no tendrá más de cuatro lados; y no parece posible que unas verdades tan claras y tan aparentes puedan ser sospechosas de falsedad o de incertidumbre.” Su meditación no será sobre los objetos que se presentan en la naturaleza física, ni sobre las verdades que obtenemos por medio de las ciencias que estudian estos objetos.

En la segunda meditación, Descartes continúa investigando sobre alguna verdad que pudiera considerar absoluta, habiendo descartado sus sentidos y las ciencias, sometiendo todas sus creencias a la inquebrantable duda. Arribamos a su famosa deducción:

(...) hay cierto burlador muy poderoso y astuto que dedica su industria toda a engañarme siempre. No cabe, pues, duda alguna de que yo soy, puesto que me engaña y, por mucho que me engañe, nunca conseguiré hacer que yo no sea nada, mientras yo

esté pensando que soy algo. De suerte que, habiéndolo pensado bien y habiendo examinado cuidadosamente todo, hay que concluir por último y tener por constante que la proposición siguiente: «yo soy, yo existo», es necesariamente verdadera, mientras la estoy pronunciando o concibiendo en mi espíritu. (Descartes, 1641/2010, Meditación Segunda).

Mucho se ha hablado acerca de este párrafo a través de la historia moderna de la filosofía. No es mi intención reproducir en este texto las teorías y críticas que produjo este párrafo. Sin embargo, quiero dirigir la atención a lo que viene inmediatamente después de esa cita, ya que Descartes nos comenta que encontró la verdad que él considera clara y distinta, una verdad *absoluta*: “en adelante debo tener mucho cuidado (...) de no equivocarme en este conocimiento, que sostengo es más cierto y evidente que todos los que he tenido anteriormente” (Descartes, 1641/2010, Meditación Segunda). También lo expone de otra manera en el Discurso del Método, donde nos habla de las meditaciones que había realizado y donde cita explícitamente a los escépticos:

Observando que esta verdad: «yo pienso, luego soy», era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmoverla, juzgué que podía recibirla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando. (Descartes, 1637/2010, Parte IV).

Ahora bien, ¿cómo logró Descartes responder a los tropos restantes (IV, VIII, IX, X)?

Al tropo **IV. según las circunstancias** ya lo había contestado en el Discurso del Método. Como se explicó anteriormente, Descartes sostiene que existen juicios claros y evidentes que el ser humano puede alcanzar. Por ende, salvaguarda su búsqueda argumentando que estos juicios son independientes del estado subjetivo de la persona.

En relación al tropo VIII: **a partir del con relación a algo**, Descartes argumenta (principalmente en sus respuestas a las objeciones) que la certeza del "yo pienso, luego existo" no es el resultado de una deducción lógica, sino más bien una intuición inmediata. Esta comprensión del sujeto pensante y existente es, según Descartes, puramente inductiva. No hay una deducción de la existencia a partir del pensamiento, sino que el pensamiento se presenta en conjunto con la existencia:

La noción de la existencia es una noción primitiva que por ningún silogismo se obtiene; es evidente por sí misma y nuestro espíritu la descubre por intuición. Si fuera fruto de un silogismo, supondría la mayor, el principio: todo lo que piensa existe; pero es precisamente por ello por lo que llegamos a este principio. (Descartes, Carta a Silhon, 1637).

Descartes refuerza esta idea en una de sus cartas, donde afirma:

¿No me confesaréis que estáis menos seguro de la presencia de los objetos que veis, que de la verdad de la proposición: *Pienso, luego existo*? Este conocimiento no es obra de vuestro razonamiento, ni una instrucción que vuestros maestros os han dado; vuestro espíritu la ve, la siente, la maneja, y aunque vuestra imaginación — que se mezcla inoportunamente en vuestros pensamientos — disminuya su claridad, queriéndola revestir de figuras, es una prueba de la capacidad de vuestro espíritu para recibir de Dios un conocimiento intuitivo. (Descartes, Carta CXXIV, tom. III, pág. 639).

Descartes justifica que no comete ningún error, petición de principio ni regresión al infinito, ya que esta verdad es en realidad una inducción, por lo que evita caer en el círculo vicioso que el tropo VIII señala en los argumentos basados en relaciones mutuas.

Con respecto al tropo **IX: según los sucesos frecuentes o los raros**, podemos encontrar su relación con otra frase que Descartes escribe seguidamente en la segunda meditación:

(...) aquí encuentro que el pensamiento es lo único que no puede separarse de mí. Yo soy, existo, esto es cierto; pero ¿cuánto tiempo? Todo el tiempo que dure mi pensar; pues acaso podría suceder que, si cesase por completo de pensar, cesara al propio tiempo por completo de existir. (Descartes, 1641/2010, Meditación Segunda).

Descartes considera que el pensamiento se da en todo momento en conjunto con la existencia, ya que tiene la intuición inmediata de que está pensando y que lo realiza en todo momento. Que el pensar dejará de ocurrir introduciría el problema propuesto por este tropo: ¿que seríamos en aquellos momentos donde no estamos pensando? Descartes hábilmente esquiva la suspensión del juicio conducida por este tropo al afirmar que el pensamiento no puede separarse de la existencia, evitando la incertidumbre que podría surgir de considerar el pensar como un evento frecuente pero no constante.

En cuanto al último tropo, el **X: según las formas de pensar, costumbres, leyes, creencias míticas y opiniones dogmáticas**, que incluye todas aquellas distinciones que tenemos incorporadas por el hecho de ser humanos y vivir en sociedad, la respuesta de Descartes es quizás de las más difíciles de encontrar textualmente, pero sí se encuentra presente a través de toda su obra. En primer lugar, que existen verdades claras y distintas ya nos orienta en una dirección: más allá de las costumbres, de lo que pensemos, leyes u opiniones, hay verdades que se pueden encontrar, y cualquiera que se dirija correctamente lo puede conseguir. La única manera en la que cualquiera puede conocer una verdad implica que esta verdad debe prescindir de cualquier elemento externo. El pensamiento es ideal para esto: todos disponemos de él, y cualquiera puede, siguiendo el razonamiento de Descartes y guiándose por sus meditaciones, llegar a estas verdades fundamentales. Por lo tanto, las formas de pensar, costumbres, leyes, creencias míticas y opiniones dogmáticas no afectarían la investigación de Descartes, ya que en todos esos casos el ser humano se encuentra pensando.

Descartes propone un método universal que trasciende las particularidades culturales y las opiniones dogmáticas, basándose en la razón y la intuición clara y distinta. Al hacerlo, intenta superar las limitaciones que el tropo X señala, estableciendo un fundamento para el conocimiento que pretende ser independiente de las influencias culturales y sociales.

Cabe destacar, sin embargo, que hay otras corrientes filosóficas (como algunas filosofías orientales) que podrían objetar este punto, cuestionando la universalidad del método cartesiano o la primacía del pensamiento racional como fuente de conocimiento. Estas perspectivas alternativas sugieren que la respuesta de Descartes al tropo X, aunque ingeniosa, no es necesariamente definitiva y sigue siendo objeto de debate filosófico.

Conclusión

Afirmar si Descartes encontró la verdad absoluta es una tarea ardua. La búsqueda de la certeza subjetiva que él propone es, sin duda, una obra sobresaliente, ya que si uno acepta las premisas de Descartes, es posible reproducir su meditación.

El punto clave donde radica la dificultad de este trabajo en analizar si Descartes acepta como verdaderos ciertos supuestos. Como menciona Popkin en su obra *La Historia del Escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, existe una verdad anterior a la certeza del sujeto: es la capacidad del ser humano para asentir a ideas claras y distintas la garantía última de su

verdad. Cada persona puede considerar que piensa y percibe clara y distintamente aquella proposición que defiende, aunque se hayan dado innumerables ocasiones en las que esas ideas resultaron erróneas. No queda otra opción que comparar el nivel de certeza de los demás con el de Descartes. ¿Cómo podría Descartes afirmar que ellos están menos seguros de sus creencias?

Tanto Mersenne como Gassendi plantearon devastadoras objeciones a la maniobra filosófica que transformaba esta seguridad subjetiva personal de certidumbre en verdad objetiva, objeciones a las que sólo podía responderse concediendo que en un sentido fundamental, el sistema cartesiano no había superado ni podía superar la *crise pyrrhonienne* (Popkin, 1983, p. 301)

La respuesta de Descartes a esta crítica lo lleva a introducir a Dios como garante de la verdad. Dios asegura que las ideas internas de nuestra mente coinciden con la existencia de las cosas externas, ya que, siendo perfecto, no puede engañarnos. Esta solución teológica ha sido vista como una salida problemática, pues depende de la aceptación previa de la existencia y la perfección de Dios, lo cual es, en sí mismo, un punto debatible.

Considero que la certeza del cogito es una de las maneras más profundas para acercarse a una verdad absoluta. Sin embargo, coincido con Popkin en que “[Descartes] no ha podido matar al dragón escéptico porque, podamos considerarla psicológicamente o no, existe una duda incurable dentro de su sistema, que para siempre le impedirá establecer algún conocimiento cierto en el sentido de un conocimiento necesario acerca de la realidad.” (Popkin, 1983, p. 305)

Entiendo que el propio Descartes se declara en cierto punto vulnerable a los argumentos escépticos; él mismo dice que “esas son aguas profundas en que no me parece que pueda hacerse pie” (Descartes, *Carta a Mersenne*, 16 de octubre de 1639). Es posible que yo, que hasta hace un momento estaba convencido de que Descartes no había podido responder a los argumentos escépticos, me encuentre sin embargo coincidiendo con su meditación. Me resulta complicado decidirme en esta investigación: cuando me inclino por afirmar que Descartes ha respondido correctamente a los embates escépticos, me sobreviene la duda. Cuando niego que lo haya logrado, hay una parte en mí que replantea esos argumentos y acepta que *pienso, luego existo* es lo más claro y evidente que puedo llegar a concebir.

Esta duda prefiero dejarla sin solución, asumiendo mi imposibilidad de tomar partido de manera clara y distinta por uno u otro. Asumiendo mi posición inconclusa, diré que este tema me incumbe pero a la vez me excede, y que no veo otra opción más que suspender el juicio al que se proponía llegar este trabajo y seguir investigando.

Bibliografía

- Descartes, R. (2009). La búsqueda de la verdad mediante la luz natural. Argentina: KRK Ediciones.
- Descartes, R. (2010). Discurso del Método / Meditaciones metafísicas (M. García Morente, Trad.). España: Editorial Austral.
- Descartes, R. (2011). Tres cartas a Marin Mersenne (primavera de 1630). Argentina: Ediciones Encuentro, S.A.
- Popkin, R. H. (1983). La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza. México: Fondo de Cultura Económica.
- Empírico, S. (1993). Esbozos pirrónicos. España: Editorial Gredos.